

LA NUEZ, EL NIÑO Y LA GATA

César Eduardo Galarza



Aquella mañana el frío de la estación se colaba por los intersticios de la vieja casa. Era un sitio en el que de a poco se habían instalado los recuerdos, así como una gran cantidad de libros, varios artículos salidos de fuera del tiempo (como plumas fuente, máquinas de escribir, guitarras y envolturas de caramelos) fotografías y pinturas, juguetes y risas, así como los ronroneos y el pelo de gato. El hombre se levantó de su escritorio, salió de su estudio y se dirigió a la cocina. La cantina anunciaba que el agua que había puesto a hervir minutos atrás ya estaba lista para filtrarse a través del grano molido y obtener la bebida con la que avivaba cada mañana y calentaba su alma y sus pensamientos.

Quizá fue por la cercanía de las fechas o porque algún antojadizo recuerdo se levantó desde la taza de café e irrumpió en su memoria, que el hombre recordó las reuniones con las que solía celebrarse la navidad cuando era pequeño, a las que llegaban familiares de todas partes del país, y en las que los niños eran los principales agasajados. En esas reuniones, la comida, por humilde que fuese, ocupaba un lugar de particular importancia; así como los juegos y la fantasía lo ocupaba entre los más pequeños, estimulados por aquella bella matrona que había sido

su bisabuela y que tenía, muy bien preservados en el baúl de sus memorias, las más insólitas canciones, las más enredadas rondas y los más indescifrables y divertidos enigmas.

Al hombre, o más bien al niño, le encantaban, y le siguen encantando ahora que es un hombre, todos aquellos juegos y canciones, así como aquella inigualable receta con la que la mujer, de una edad indeterminada, obtenía una deliciosa gelatina de debajo de la piel del pavo, complemento inseparable de las jugosas tronchas de pechuga y del sabroso relleno que ella preparaba, no aparte como se estiló después, sino dentro del ave misma.

Cuando tías y tíos acudían en esas fechas, los encuentros más cálidos acontecían en la cocina, que solía ser un lugar bastante amplio y con mucha tarea por hacer. Entonces, los niños eran regalados con frutas confitadas, almendras, aceitunas, pan y nueces. Estas últimas suponían una esforzada lucha por conseguir el extraño fruto de su interior, una semilla que semejava ciertas ilustraciones que había visto en algún atlas del cuerpo humano, y a la cual (lo leería algunos años más adelante) un poeta denominó cerebro de duende.

Pues bien, una de aquellas navidades los niños cargaron con su tesoro de nueces buscando como siempre utensilios adecuados para liberar aquellas semillas de su rígido exterior. Así, se aprovisionaban de mazos y martillos o piedras; y, aunque algunos procedían a utilizar el marco de alguna puerta para semejante labor, la mayoría se divertía haciéndolo en algún lugar adecuado del basto patio de tierra. El niño se apresuraba a romper las suyas sobre una piedra plana. El ruido que hacían sus primos y él se trasformaba de a poco en un acompasado ritmo que servía de fondo para lo que se vivía en la casa.

Rodaban entonces algunas nueces por aquí y por allá. Parecería que algunas estaban dispuestas a huir de todo aquello. Entonces, la peluda y gorda gata de la casa, gata multicolor y cuyo rostro se dividía entre el día y la noche, se puso a cazar las esquivas nueces que, agitadas, iban de un lado al otro. Una de ellas, en especial, tenía la habilidad para escurrirse de entre las manos del niño y lo cargaba en una fatigosa persecución por el patio. La gata, afinando sus ojos y sus oídos, se dio también a la tarea de perseguir a la afanosa nuez, hasta que por fin, entre ambos, la arrinconaron contra la pared de la parte del frente del solar.



Tomó el niño la nuez entre sus dedos y de pronto la gata saltó hacia su mano, haciendo que la nuez cayese pero atajándola en el aire. El niño miró sorprendido como la gata se llevaba la nuez, sujetándola con su hocico, hacia el fondo del patio. La pobre nuez, agitada y asustada, supuso que la gata quería hacerla chocar sobre alguna superficie para abrirla; pero no, la gata, al aguzar sus sentidos había escudriñado los pensamientos de aquella nuez y se dispuso a enterrarla en el sitio más propicio del patio, cosa que hizo de manera diligente, cuidando que nadie se acercase a ese lugar, blandiendo su cola de un lugar a otro, amasando la tierra, piñando los ojos y ronroneando.

Muchas navidades pasaron desde entonces pero las reuniones se hicieron menos grandes desde que la bisabuela nos abandonara, y esta casa se hizo pequeña a mis ojos y cada vez más silenciosa a mis oídos. Fui y volví por la vida, estudié, viajé y fui llenando el espacio con mis aficiones y nostalgias. Mis padres también se fueron y ahora vivimos en esta casa mi familia y yo.

No sé si será por la cercanía de las fechas o por la maraña de recuerdos que se agitan en mi cabeza cuando acerco la taza de café a mi boca, o si es por el calor que siento al acariciar a uno de los tantos gatos que nos acompañan y que pertenecen, algunos sí, algunos no, al linaje de aquella extraña gata cuyo rostro era la mitad rubio, mitad moreno, pero me invade una sensación de infinito al mirar a través de la ventana, al mirar y contemplar aquel mediano y frondoso nogal que reina en el patio, que empezó a crecer de pronto tras un fin de año hace ya tanto, tanto tiempo y bajo cuya sombra juegan ahora mis hijos.

César Eduardo Galarza

Guayaquil (1981). Perteneció al taller literario de Miguel Donoso Pareja entre 1999 y 2006. Ha publicado los poemarios *Polvo fue su piel* (2000) y *Madera Muerta* (2008). Cuentos suyos aparecen en el libro *Los que vendrán* (2014). Impulsa el proyecto editorial *el Conjuero*. Reside en su ciudad natal y cursa estudios de cine en la Universidad de las Artes.